

Alzar el vuelo

Comedia en dos actos

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

PILI, 17 años.

MARÍA, 40 años.

LIDIA, 26 años.

MARTÍN, 30 años.

JOSÉ, 30 años.

CARMEN, 55 años.

ELODIA, 35 años.

Descripción de escena

Sala de estar de casa antigua de nivel medio alto. Los términos izquierda y derecha, siempre referidos al espectador.

Hay un arco en el foro, con cortina recogida a ambos lados, por el que se vislumbra un pasillo transversal, que conduce por la derecha a los servicios de la vivienda y por la izquierda a la puerta de entrada del piso. En el lateral derecha hay dos puertas practicables que comunican con dormitorios. En el lateral izquierda una puerta de cristales, también practicable, que comunica con el despacho de JOSÉ. Ésta no es la utilizada normalmente por los clientes, que se supone entran por otra que no está a la vista.

En el centro derecha de cara al público, un sofá, ante él un centrado, y un sillón a juego encarado a la izquierda. En segundo término a la izquierda una mesa camilla y dos sillas. Entre la mesa y la puerta del despacho una mecedora con guardaespaldas de ganchillo bastante

historiado. Junto al foro, detrás del sofá, un mueble bar-librería. El resto del mobiliario según lo permita el espacio que quede libre. La decoración de cuadros sobre las paredes será algo recargada.

Es un día laborable cualquiera, a media mañana.

Acto I

Escena I

PILI y MARÍA, después LIDIA, MARTÍN y JOSÉ.

Al levantarse el telón, PILI a dos pasos de la puerta de cristales habla con MARÍA, situada al centro de escena. PILI que viste ropa muy moderna y juvenil sin caer en lo estrafalario, lleva una carpeta bajo el brazo y mantiene una carta entre los dedos. MARÍA, con ropa apropiada a su profesión, se apoya en una fregona mientras interpreta, teniendo a su lado un cubo que se supone con agua.

PILI- ¿Y qué pasa, que su sobrina no encuentra donde colocarse?

MARÍA- Y no será porque no lo ha intentado, pero hay que ver lo difícil que es conseguir un puesto de trabajo... Todas no tienen la suerte que has tenido tú.

PILI- Mujer, yo no me quejo, pero lo dice usted como si a mí me lo hubieran regalado...

MARÍA- No me has entendido...

PILI- Eso será... Pues mire, para aceptarme don José como pasante en su despacho, me hizo un examen que si me descuido, los dos años de preparación en la academia casi me resultan cortos... Y eso que, a lo largo del curso no perdí el tiempo, no crea.

MARÍA- ¿Quieres decir que te pidió tanto como en una oposición?

PILI- Pues por ahí por ahí estaría la cosa, porque dos

aspirantes que se examinaron junto a mí y no fueron aceptadas, como es evidente, opositaron a continuación para Agentes Judiciales y aprobaron. Así que...

MARÍA.- Y tú que estás en contacto con los otros despachos de abogados y hablas con tanta gente, ¿no sabes si habría posibilidad de encontrar un empleo para ella, aunque no fuera para seguido?

PILI.- No va a ser fácil, pero como por preguntar no nos van a cobrar nada, yo lo tendré en cuenta y si saliera alguna cosa ya se lo diría.

MARÍA.- Pues te lo agradezco... ¿Y dices que don José va a tardar en dejar ahora el despacho?

PILI.- No creo que tarde, ¿lo dice por entrar a limpiar?

MARÍA.- Sí.

PILI.- Pues yo de usted emprendería algún otro trabajo por si acaso...

MARÍA.- Quizás sea lo mejor; casi que limpiaré primero el recibidor y la otra entrada.

PILI.- Y en cuanto a ésto, (**Mostrando la carta.**) si le vuelve a dar el portero otra carta de este tipo, no la acepte. Le dice que se la devuelva a quien se la haya dado y que la traiga aquí el interesado directamente.

MARÍA.- ¿Tan importante es?

PILI.- No, qué va. Como casi todas las cosas de la abogacía no tiene la menor trascendencia, pero ¡no vea cómo se pone la profesión si se saltan el trámite a la torera!

MARÍA.- (**Riéndose.**) ¡Qué demonio eres!...

PILI.- (**Maliciosamente.**) ¡Si lo sabré yo!...

MARÍA.- ¡Vale!, voy a limpiar allá fuera...

PILI.- Y yo a continuar con lo mío.

(**MARÍA hace mutis por el foro a la izquierda.**)

(**PILI marca el mutis hacia el despacho y antes de llegar se le cae la carpeta.**)

PILI- ¡Vaya hombre, qué diíta llevo!... **(Mientras se arrodilla y recoge papeles.)** ¡Y eso que mi biorritmo está hoy en punto alto y el horóscopo me es favorable!... ¡Si fuera al revés, no sé...!

(En esta circunstancia la encuentra LIDIA que entra del primer término derecha. Viste ropa cómoda pero elegante y lleva un libro en la mano. Habla mientras va hasta el sofá y se sienta.)

LIDIA.- **(Con naturalidad.)** ¡Chica!, ¿qué haces?...

PILI- **(Mientras acaba de recoger y se levanta.)** ¡Huy, mire!, que no sé qué me pasa hoy que se me cae todo de las manos.

LIDIA.- ¿Y eso?...

PILI- No sé, pero esta mañana a punto de salir de casa me he tenido que cambiar de ropa, porque me he manchado la blusa que llevaba con una pizca de mermelada del desayuno. ¡Y es que hay días en que si una no se levantara!...

LIDIA.- Creo que tienes razón...

PILI- Bueno. Si no quiere nada, voy a seguir con lo mío.

LIDIA.- Gracias, Pili.

(Mutis de PILI.)

(Al momento entrará MARÍA seguida por MARTÍN que viene de la calle. El diálogo comienza antes de aparecer por el foro.)

MARÍA.- Perdone que le haga dar la vuelta por dentro de casa, pero ya ve. Ante este incidente...

MARTÍN.- A mí no tiene que pedirme perdón, mujer... Faltaría más. Piense que soy casi como de la familia...

(LIDIA ha escuchado atentamente el diálogo sin cambiar de postura, pero interrumpiendo la lectura.)

MARÍA.- (Entrando delante de Martín.) Es don Martín... Es que se me ha volcado el cubo en el recibidor y no se puede pasar al despacho por la otra puerta...

LIDIA.- Pasa Martín... ¿Qué tal, cómo estás?

MARÍA.- Con su permiso voy a seguir recogiendo el agua...

(Se va sin esperar a más.)

MARTÍN.- (Queda de pie ante LIDIA.) Ya hacía tiempo que no nos veíamos... Te encuentro muy bien.

LIDIA.- (Aseverando.) Y ha tenido que ser un cubo volcado el que te decidiera a entrar en casa...

MARTÍN.- No... Es cuestión del trabajo, que a veces me hace venir a menudo y otras me aleja de aquí más tiempo del que yo querría.

LIDIA.- Sí... Lo entiendo.

MARTÍN.- (Señalando el despacho.) ¿No está José?...

LIDIA.- Sí, está dentro.

MARTÍN.- ¿Solo?

LIDIA.- No. Con Pili, la pasante.

MARTÍN.- ¿Sigue Pili tan «tontita»?

LIDIA.- No la juzgues mal. Pili parece lo que no es... Y por otra parte, ella es el único hálito de aire fresco que se mueve en esta casa...

MARTÍN.- Si tú lo dices...

LIDIA.- Pero siéntate hombre. No te quedes ahí de pie. Ya tendrás tiempo de hablar con José; ahora me apetece que charlemos unos minutos ya que en tanto tiempo no nos hemos visto.

MARTÍN.- (Sentándose en el sillón.) ¿Y tú qué me cuentas? ¿Cómo va tu nueva vida?

LIDIA.- (Tibiamente.) Bien...

MARTÍN.- No parece que lo digas con mucho entusiasmo... ¿Es que algo no va bien entre vosotros? **(Rectificando rápido.)** ¡Oh!, perdona... No debí hacerte una pregunta de ese tipo...

LIDIA.- No te disculpes, Martín... Sé que es el afecto que sientes por mí, y los de esta casa, lo que hace que te preocupes por nosotros.

MARTÍN.- Sí, así es. **(Mirándola a los ojos.)** Tú sabes que siempre os he estimado...

LIDIA.- Y te lo agradezco en cuanto vale.

MARTÍN.- ¿Y qué pasa?, ¿es que no hacéis vida social?... Lo digo porque no coincidimos en ningún sitio de los que antes solíamos frecuentar...

LIDIA.- La verdad es que salimos muy poco de casa. Alguna tarde al cine. A pasear de vez en cuando... Precisamente esta noche tenemos previsto ir al teatro, a ver esa compañía sudamericana que está recorriendo España.

MARTÍN.- Pues no han hablado muy bien de ella que se diga... Lo que es Javier Villán la ha puesto en su crítica como hoja de perejil. Aunque no sé si será a causa de los actores, o por culpa de la obra que es de un autor bastante polémico.

LIDIA.- (Espontánea.) ¡Mira, aunque fuera un número de circo, me apetecería ir con tal de salir de estas cuatro paredes! **(Baja la mirada y queda pensativa.)**

MARTÍN.- (Sorprendido por la salida de LIDIA.) ¡Lidia!... Ahora sé que alguna cosa no funciona; y el afecto me autoriza a interesarme por ti y a preguntarte... ¿Qué ocurre, Lidia?...

LIDIA.- (Dolida.) Pues eso... Que esto no funciona... Que a los seis meses de matrimonio me doy cuenta, creo que tarde, de que me he equivocado.

MARTÍN.- ¿Que te has equivocado?... Me dejas de piedra...

LIDIA.- Ya ves, y no tengo inconveniente en decirlo... Me he equivocado, Martín.

MARTÍN.- (Tras una pausa breve.) No sé si incurriré en inconveniencia por que esta experiencia es nueva para mí,

pero, si está en mis manos poder hacer algo por ayudarte...

LIDIA.- Conozco tu intención y te la agradezco de verdad Martín, pero lo único que necesito ahora es desahogarme, poder contar a alguien mi insatisfacción personal... Quejarme de mi error...

MARTÍN.- (Con tono grave.) ¿José no te quiere?

LIDIA.- Sí. Él me quiere a su modo... Y eso es algo que no tendría demasiada importancia, pero el verdadero problema es su madre... Esa mujer absorbente, egoísta y dictatorial que no persigue otra meta que deshacer nuestro matrimonio.

MARTÍN.- Difícil de resolver es ese problema... Piensa que estáis viviendo en su casa... ¿No os habéis planteado ir os a vivir a otro sitio, aunque no pudierais contar de momento con estas comodidades?

LIDIA.- He perdido la cuenta de las veces que se lo he pedido a José. ¡Dónde sea!. A un piso pequeñito, a un apartamento en un barrio extremo, donde sea... ¡pero solos!

MARTÍN.- ¿Y no quiere?...

LIDIA.- El argumento de siempre es que aquí tiene el despacho, y que la clientela de toda la vida está acostumbrada a venir a esta casa... Que cambiar de piso sería como tener que empezar de nuevo.

MARTÍN.- En esos argumentos puede haber más de pretexto a efectos de comodidad, que de razón... pero planteádoselo seriamente...

LIDIA.- Se lo he planteado de todas las maneras posibles y nada... Por eso te digo que el verdadero problema no es el despacho, sino su madre. (Amarga.) Que él dice, que qué iba a hacer la pobre sola en una casa tan grande.

MARTÍN.- Mal asunto...

(A través del arco del foro se verá cruzar hacia la derecha a MARÍA llevando una fregona. Pasará sin prisa y en silencio.)

LIDIA.- Y lo malo, es que estoy llegando a un punto en que los nervios me pueden hacer una jugada... De verdad, Martín, estoy sobre ascuas. Si esto no se arregla pronto no sé lo que pasará.

MARTÍN.- (Pausa breve.) ¿Y si yo hablara con José?...
¿Cómo crees tú que podría tomarlo?

LIDIA.- No lo sé... No tengo ni idea.

MARTÍN.- En fin. Me es violento hablar de estas cosas...
Por una parte porque José es socio y amigo. Y por otra, que
no ignoras, porque cuando os casasteis, sufrí mucho
renunciando a unas ilusiones nacidas en mí mucho tiempo
atrás...

LIDIA.- (Puntualizando.) Que nunca exteriorizaste, y que
yo interpreté siempre como muestra de una verdadera
amistad.

MARTÍN.- Sí... No vale lamentarse ahora de indecisiones,
en el momento que más firmemente debía haberme
manifestado...

(Entra JOSÉ por la puerta de la izquierda. Viste ropa
de calle y lleva un portafolios.)

JOSÉ.- (Con naturalidad.) ¡Hombre!, ¿aquí estás tú?...

MARTÍN.- ¡Hola Pepe!. (Levantándose.) Aquí estoy
hablando con Lidia.

JOSÉ.- ¿Hace mucho que has llegado?

MARTÍN.- No, un momento. Me entró por aquí María por
un incidente doméstico sin importancia, y he aprovechado
para quedarme a charlar con tu mujer, después de tanto
tiempo sin verla.

JOSÉ.- Cierto es que no nos visitabas desde hace tiempo,
aparte de las visitas de trabajo.

MARTÍN.- Que no han sido muy numerosas en los
últimos meses, todo hay que decirlo...

JOSÉ.- Y eso a pesar del interés que tengo por que
trabajemos juntos...

MARTÍN.- Pues sí... pero, en fin... Son cosas de la
profesión que nos hacen estar próximos o separados, según
los casos que nos caigan entre manos.

JOSÉ.- Normal, ¿y traías algún asunto para mí?. Ahora me
disponía a ir al juzgado.

MARTÍN.- Sólo venía a enterarme de algunos detalles que necesito, con referencia al caso del transportista de Albal.

JOSÉ.- Entonces ven si quieres, le decimos a Pili que te prepare el expediente y me acompañas mientras al juzgado. Así iremos hablando de un asunto que te puede interesar... Vamos dentro y consultaremos lo que quieres. **(A LIDIA al tiempo que marca el mutis hacia el despacho acompañado por MARTÍN.)** No sé a qué hora volveré, pero díselo a Mamá, y si llega la hora de comer y no he vuelto no me esperéis, empezad sin mí. **(A MARTÍN, abriendo y dejándole paso.)**

Pasa, Martín...

MARTÍN.- Bueno, Lidia. Celebro encontrarte bien y espero verte otro día...

LIDIA.- Lo mismo digo, Martín. Y no tardes tanto en volver.

(Mutis de MARTÍN y JOSÉ.)

MARTÍN.- **(Al tiempo que ambos entran al despacho, dirigiéndose a Pili ya en el interior.)** ¡Hola Pili!

PILI.- ¡Buenos días don Martín!

MARTÍN.- ¡Chica, qué peinado más bonito llevas hoy!...

PILI.- ¡Huy!, normalito...

(La última frase se oirá desvaneciéndose tras cerrar la puerta.)

Escena II

LIDIA, CARMEN, MARÍA y ELODIA.

Al quedar a solas, LIDIA coge un cigarrillo, lo enciende y vuelve a leer abriendo el libro por la señal que dejó. Al momento entra CARMEN con una labor de punto entre las manos. Viste de estar por casa pero con ropa cara y apropiada a su edad. Se dirige a la mesa y se sienta, después de mirar en silencio a LIDIA.

CARMEN.- (Al momento.) ¿Ha salido José?

LIDIA.- (Sin dejar el libro.) Se ha ido...

CARMEN.- ¿Cómo que se ha ido? ¿Sin decirme nada?...

LIDIA.- (Dejando de leer.) Ha salido con Martín que vino hace un rato a por él.

CARMEN.- ¿Y no ha dicho cuándo volverá?...

LIDIA.- No, pero como iba de trabajo es fácil que se retrase para la comida.

CARMEN.- No veo la razón... Al juzgado sólo tenía que ir a enterarse de la fecha de un señalamiento. **(Sigue con el punto.)**

LIDIA.- (Pausa breve.) Esta noche vamos al teatro.

CARMEN.- ¿Al teatro? ¿A qué teatro?

LIDIA.- Al Olimpia. **(Se levanta dejando el libro. Va al mueble bar y se prepara un vermut y unas almendras, que tomará mientras interpreta.)** A ver una comedia.

CARMEN.- No sabía nada de esa salida para hoy... No me había dicho nada José.

LIDIA.- Es normal que no se lo haya dicho todavía, porque soy yo quien le sugirió la idea hace un momento. Prácticamente no ha tenido tiempo.

CARMEN.- (Pensativa.) Pues esta noche no creo que me apetezca mucho salir por ahí...

LIDIA.- (Como si no la hubiera oído.) La comedia creo que ha obtenido el premio de la crítica, y los intérpretes muy buenos por cierto, son sudamericanos.

CARMEN.- No sé... Llevo ya unas noches que me están subiendo las palpitaciones a un ritmo escandaloso, y anoche estuve a punto de llamar para que me llevarais al médico.

LIDIA.- (**Medio para sí.**) Es natural, como la sugerencia para esa salida ha sido mía...

CARMEN.- ¿Decías algo?

LIDIA.- No, nada.

(Vuelve al sofá. Se sienta dejando el vaso y el platito frente a sí. Toma el libro y seguirá leyendo al tiempo que irá tomándose el aperitivo.)

(Suena el timbre de la entrada.)

CARMEN.- ¡Han llamado!...

(Se verá cruzar a MARÍA hacia la izquierda.)

(Al momento vuelve siguiendo a ELODIA, que viste elegante pero algo cursi. Ésta entrará en escena y MARÍA continuará en silencio hacia la derecha.)

ELODIA.- Buenos días, doña Carmen...

CARMEN.- (**Complacida.**) ¡Huy! ¿Eres tú?... Pasa, pasa y siéntate.

(ELODIA se sentará frente a CARMEN.)

(Hasta el momento que determina el guión, LIDIA parecerá no existir para las dos mujeres. Ella seguirá con lo suyo pero sin perderse detalle de cuanto dicen.)

ELODIA.- Sólo he bajado dos minutos, para ver ese punto nuevo que está haciendo.

CARMEN.- ¿Y por qué tanta prisa?

ELODIA.- Es que tengo faena en casa...

CARMEN.- ¡Ay, hija!. Tú como siempre tan diligente... No paras ni un momento ¿eh?

ELODIA.- ¿Y qué he de hacer?. La única manera de estar distraída es arreglar la casa y cuidar de mi madre... Ni el serial matinal de la tele puedo ver...

CARMEN.- No, si yo sé cuales son tus aficiones. Todo cosas de provecho... Como arreglarte la ropa y hacerte algún que otro vestidito...

ELODIA.- ¡Bah! ¡Vestidos sencillitos!...

CARMEN.- No. No tan sencillos, que he visto la bata larga que le has hecho a tu madre y creo que ni una modista la habría hecho mejor.

ELODIA.- Mire... Así me entretengo... Yo, como usted sabe, estoy suscrita al «Vogue» y como hice un curso de confección, cuando sale un modelito que me gusta, me compro la tela y poco a poco me lo voy haciendo.

CARMEN.- Y hay que ver el ahorro que eso supone, porque si te dijera lo que me costó esta batita que llevo, y ya ves que no tiene nada...

ELODIA.- Es que la ropa se ha puesto por las nubes.

CARMEN.- Mira... ¡Qué le vamos a hacer!... Las que no sabemos y no tenemos quién nos lo haga...

ELODIA.- A mí la costura me sirve más que nada de distracción, porque como casi no salgo de casa...

CARMEN.- Y haces mal. Tú eres joven y debes salir por ahí a divertirte, a pasear... Y tener amigos, ir al cine, y en fin, lo que corresponde a una joven soltera...

ELODIA.- Al cine sí que voy bastante a menudo. Y más ahora desde que mejoraron la filmoteca del Rialto, que veo casi todos los ciclos de cine español que pasan.

CARMEN.- Pues por el programa que aparece en prensa, esos ciclos suelen ser unos «rollos» ¿eh?

ELODIA.- Pero también voy a otros cines... Como mínimo veo dos películas a la semana.

CARMEN.- Yo no. Ya hace por lo menos dos meses que mi hijo no me lleva al cine.

(Insinuante por LIDIA, que al oírla hará un gesto de fastidio.)

¡Como a ella no le gusta el cine!...

ELODIA.- Ahora ponen una en el Eslava que no me la quiero perder. Es por los mismos intérpretes del culebrón de las cuatro.

CARMEN.- ¡Ya me gustaría ir a verla, ya!

ELODIA.- Nada más fácil. Dígale a su hijo que la lleve... y sino nos vamos las dos mañana a la sesión de las cuatro treinta.

CARMEN.- ¡Ah, no!. Por la tarde yo no puedo ir porque tengo mucho que hacer en casa. **(Insinuante por LIDIA, que repetirá el gesto de antes.)** ¡Como aquí nadie me ayuda!... **(Pausa breve.)** Mira, ahora que lo pienso... Cuando vuelva José le diré eso de la película del Eslava, a ver si quiere que vayamos esta noche.

(LIDIA cerrará de golpe el libro y las mirará con evidente gesto de rabia.)

(Las dos la mirarán sorprendidas.)

CARMEN.- (A LIDIA.) ¿Habías dicho algo?

LIDIA.- Nada. **(Incisiva.)** Pensaba en cómo le suelen subir a usted de noche las palpitaciones.

ELODIA.- (A Carmen con sorpresa.) ¿Qué está usted enferma?...

CARMEN.- ¿Y cómo quieres que esté, hija?... Teniendo en cuenta cómo me tratan...

ELODIA.- ¡Ya es poco miramiento con una mujer tan delicada!...

LIDIA.- **(Levantándose y sin poderse aguantar.)** Mira tú,

so mustia. Los juicios de valor los haces en tu casa y a quién te los consienta.

ELODIA.- (Defendiéndose.) Oye, que yo no te he dicho nada.

LIDIA.- Demasiado sé qué estás diciendo y demasiado conozco todas tus insinuaciones.

CARMEN.- No sé a qué viene esa salida de tono por tu parte. Elodia ha bajado «a mi casa» para hablar conmigo. Y nada de cuanto podemos decir, es motivo para que intervengas en nuestra conversación.

LIDIA.- Mire señora. Estoy harta de insinuaciones veladas y de insultos. Estoy harta de comentarios hechos adrede cuando estoy delante y haciendo como que me ignoran... Y estoy harta de ver a esta gata caliente rondando siempre la casa, ronroneando alrededor de mi marido.

ELODIA.- (Levantándose y en tono fuerte.) ¡Me estás insultando!

CARMEN.- (A LIDIA.) ¡Basta!

LIDIA.- ¡He dicho gata caliente y sé por qué lo digo!

CARMEN.- (Fuerte.) ¡He dicho que basta!... Te vuelvo a recordar que estás en mi casa, y en mi casa no permito que nadie levante la voz, ni me falte al respeto insultando a mis invitados.

LIDIA.- Mire. En «su casa» estoy porque no tengo más remedio y en contra de mi voluntad, y le puedo asegurar, que en el momento en que pueda convencer a su hijo, saldré de esta casa imitando a San Vicente Ferrer. ¡Sacudiéndome las zapatillas!

ELODIA.- ¡Ya ves!. ¡El «súmmum» del agradecimiento!

LIDIA.- Yo no tengo nada que agradecer a nadie. Y tú atiende lo que digo: ¡Como te vuelva a sorprender en la escalera insinuándote a mi marido, te quito la calentura de una vez para toda tu vida!

ELODIA.- (A CARMEN.) ¿Usted oye lo que me está diciendo?... Usted es testigo de cómo me está insultando.

CARMEN.- (Al tiempo que se levanta.) Sí hija, sí. Es propio de personas como ella, que cuando no tienen argumentos para convencer, se refugian en el insulto.

ELODIA.- ¡Y me ha amenazado!...

CARMEN.- (Despectiva.) ¡Gentuzal!...

LIDIA.- (Clamando al cielo.) ¡Dios!... ¡Dame paciencia!.
Dame paciencia o no sé si podré contenerme.

**(Decidida dará media vuelta y hará mutis al
dormitorio por la primera derecha.)**

CARMEN.- ¿Has visto hija? ¿Has visto si tengo motivos
para estar enferma?

ELODIA.- (Conniserativa.) ¡Qué poco miramiento hacia
una persona tan buena como usted!

CARMEN.- Ya ves hija, cuanto mejor se porta una con los
demás peor la tratan.

ELODIA.- ¡Qué mala suerte la de usted y la de Pepe, de
haber tropezado con una desagradecida como ella!... En fin,
doña Carmen... Me voy porque no puedo quedarme más
tiempo. Esta tarde y a bajaré un ratito para hacerle compañía.

(Marcando el mutis hacia el foro.)

Y ya sabe... tranquilícese. No se altere que la salud vale más
que nada.

CARMEN.- (Acompañándola.) Sí Elodia, sí. Y no dejes
de bajar a la tarde... ¡Ay si yo pudiera tenerte siempre a mi
lado, en vez de tener a esa bruja!...

(Mutis de las dos.)

**(Aparece MARÍA que se detendrá en la entrada
mirando cómo se alejan las dos. Hace un gesto de
crítica con la cabeza y entra en escena.)**

**(Pasea la vista por los muebles. Va al centrillo y recoge
el vaso y el platito. Pasa el paño por el mueble y marca
el mutis.)**

(Entra LIDIA que va directa al centríto.)

MARÍA.- (Al ver a LIDIA.) He entrado para llevarme esto.

(Se queda en silencio junto a la entrada.)

LIDIA.- (Mirándola.) Está bien. (Coge un cigarrillo del centríto y lo enciende.) (Se vuelve sobre sí misma y al ver a MARÍA aún allí se extraña.) ¿Querías algo?...

MARÍA.- (Decidida.) Mire. No sé cómo le sentará lo que le voy a decir... pero sí y o estuviera en su pellejo, le juro que cogía a la vieja y al enmadrado de su hijo; los mandaba a los dos a mamar, y me iba de aquí para siempre.

(Hace mutis rápido.)

(LIDIA la mira en silencio mientras sale, con una sonrisa de sorpresa.)

(En seguida entra CARMEN, que sin decir nada va a la segunda puerta del lateral derecha por donde desaparecerá.)

(LIDIA, al quedar sola se sienta pensativa en el sofá, fuma, coge el libro y continúa leyendo.)

Escena III

LIDIA, JOSÉ y MARTÍN.

JOSÉ y MARTÍN vuelven de la calle. El diálogo empieza en el pasillo.

JOSÉ.- Bien. Ya estamos de nuevo en casa.

(LIDIA presta atención desde su lugar.)

MARTÍN.- (Entrando.) De haber sabido que no estaba hecho el señalamiento de la causa nos podíamos haber evitado la salida.

JOSÉ.- En efecto. Pero tampoco está mal salir de casa media hora aun-que sea para nada. (A LIDIA.) Ya estamos aquí...

MARTÍN.- ¡Hombre!, ¡qué quieres que te diga!... ¡Hola otra vez, Lidia!...

(Van hacia el sofá.)

JOSÉ.- (Deja el portafolios entre el sofá y el sillón y se sienta.) (A MARTÍN señalándole el sillón.) Siéntate. (Pausa breve.) Pues sí. Porque de no salir de casa se acaba uno oxidando o lo que es aún peor, engordando y acumulando grasas.

MARTÍN.- Que es como decir, haciendo oposiciones al infarto.

JOSÉ.- ¡Caramba!. (Riéndose.) No menciones esa enfermedad, que es la que más suele visitar los despachos de abogados.

MARTÍN.- Sí es verdad... No sé dónde he leído un informe que hablaba precisamente de eso en plan estadístico.

JOSÉ.- Son los problemas de las profesiones liberales, y de todo el que no está sujeto a un horario estricto, o a una actividad física diaria.

MARTÍN.- Efectivamente. Pero eso se puede arreglar cuidándose uno mismo... Contra el sedentarismo, deporte, y contra la vagancia, actividad.

JOSÉ.- Sí. Y contra las féculas, pasar hambre. (Se ríen.) (A LIDIA.) ¿Y tú no dices nada?

LIDIA.- Que no os esperaba tan pronto... Como dijiste que tal vez llegarías tarde a comer.

JOSÉ.- Pues ya ves, hemos hecho un viaje de balde.

MARTÍN.- De balde no, ya hemos convenido en que el ejercicio es necesario.

LIDIA.- (A JOSÉ.) ¿Por fin, iremos esta noche al teatro?

JOSÉ.- Sí. Ya habíamos quedado en ir ¿no?

LIDIA.- Lo decía por si había surgido algún otro compromiso... o alguna cosa que lo impidiera.

JOSÉ.- Aunque así fuera. Deseándolo tú...

MARTÍN.- (Con buen humor.) ¡Sí señor!. Un marido complaciente y un matrimonio bien avenido. ¡Me voy! (Levantándose decidido.) Me voy antes de que me entren ganas de casarme...

JOSÉ.- Pues no harías nada malo, porque edad ya tienes suficiente para dejar de ser soltero. (Se levanta también.)

MARTÍN.- Creo que no se me pasa la edad. ¿No crees, Lidia?

LIDIA.- Yo creo... que te lo debes pensar bien.

MARTÍN.- (Marcando el mutis.) Seguiré tu consejo. Espero volver a veros pronto.

LIDIA.- Que sea verdad...

JOSÉ.- Te acompaño hasta la puerta.

MARTÍN.- Como quieras... Hasta pronto Lidia.

(Hacen mutis.)

LIDIA.- ¡Adiós!, Martín.

(Se levanta, va al mueble bar y prepara un vermut para JOSÉ.)

JOSÉ.- (Entrando.) Este Martín es un tipo sensacional... Lo malo es que siempre está ocupado con la competencia...

LIDIA.- (Dándole el vaso.) Toma. ¿Quieres picar alguna cosa?, ¿unas almendritas?...

JOSÉ- No, gracias. Con el vermut tengo suficiente, y además las almendras me quitarán el apetito. Por cierto, ¿sabes si faltará mucho para la comida?

LIDIA- Es algo pronto...

JOSÉ- **(Bebe un sorbo y va al sofá.)** ¿Tú no te preparas nada?

LIDIA- No. Ya he tomado uno antes de que llegaras... **(Va al sillón y se sienta.)**

JOSÉ- **(Mirándola atentamente.)** ¿Te ocurre algo?

LIDIA- ¿Por qué lo preguntas?

JOSÉ- No sé. Te veo un tanto rara, como si hubieras llorado. **(Se sienta en el sofá.)**

LIDIA- No, no he llorado, aunque no me hayan faltado motivos para hacerlo.

JOSÉ- ¿Otra vez la mamá?...

LIDIA- Mira, José. Esto no puede seguir así. Tenemos que buscar una solución, pero seguir en esta casa es cada día más insoportable para mí.

JOSÉ- **(Contemporizando.)** ¿Qué os ha pasado hoy?...

LIDIA- Hoy no es un día distinto a los demás. Es la insidia constante de todas las horas del día, es la frase con doble sentido, es ese remarcar el tono cada vez que dice «mi casa» o que «aquí estáis en mi casa»... Es superior a mis fuerzas. Algo que me hace salirme de mí...

JOSÉ- Aunque no queramos, es evidente que ésta es su casa, y que nos estamos sirviendo de ella con todas las ventajas que comporta.

LIDIA- Sí... Y todos los inconvenientes también... Mira, José. Yo quiero una casa para mí, para nosotros. No quiero un gran piso, ni lujos, ni cosas raras... Yo me conformo con un pisito o un apartamento, donde tú puedas tener tu despacho y donde yo pueda volcar mi dedicación de cada día... Yo necesito tener que hacer, yo quiero dejar de ser un mueble como soy en esta casa.

JOSÉ- No sabes lo que dices. ¿Cómo has podido concebir la idea absurda de que seas un mueble?

LIDIA.- Soy un mueble o cosa peor. Aquí no se me deja hacer nada. Los trabajos de la casa porque los hace María...

JOSÉ.- (Interrumpiéndola.) Que para algo se le paga.

LIDIA.- Lo acepto. Pero si a pesar de María y de que se le pague, a mí me apetece pasar un trapo por un mueble, no creo que nadie tenga derecho a recriminármelo. Y no es que yo reclame hacer trabajos de casa, sino hacer una faena «si quiero hacerla».

JOSÉ.- Sí. Lo entiendo...

LIDIA.- En la cocina no puedo ni entrar... Porque la cuestión de las comidas es más que un tabú para mí... Las pocas veces que he podido hacer algo, todo han sido críticas... O está demasiado salado o está muy dulce, o lo has pasado o está muy crudo. La crítica adversa siempre ha sido complementaria al plato. Y no es que mis guisos estuviesen malos, no señor, no era eso... ¡Es que estaban hechos por mí!

JOSÉ.- Tú sabes que la mamá está delicada, que está a régimen, y eso hace que su gusto sea demasiado exigente, o incluso que lo haya perdido de no utilizarlo con tanta acelguita cocida y tanto pescadito en blanco.

LIDIA.- ¡Esa es otra!... Régimen cuando se sienta a la mesa con nosotros, que casi te hace sentir culpable si te comes dos longanizas con habas, mientras ella se come cuatro judías y media cebolla hervida... Pero también es verdad que después, al acabar se va a la cocina, y allí medio escondida, se come un trozo de panceta frita entre pan cuando no la ve nadie... ¡Y ya me dirás tú qué clase de régimen es ese!

JOSÉ.- (Riéndose.) ¡Mujer!. Son rarezas de mujer mayor... Y de verdad creo que debemos disculparla.

LIDIA.- No, José... Se pueden disculpar las rarezas, se pueden disculpar los años, se puede disculpar cualquier cosa... ¡menos la mala leche!

JOSÉ.- No seas así mujer... Yo sé que la mamá te aprecia en todo lo que vales...

LIDIA.- (Dolida.) En ese caso, ya sé cual es mi valor...

JOSÉ.- Mira. No lo tomes así. Por ahora no podemos irnos... Ni yo puedo comprar una casa como ésta, ni me conviene trasladar el buffet que fue de mi padre y que gracias a él soy conocido en la profesión... Ni podemos dejar

sola a la mamá como está ahora de salud... Debemos seguir aquí...

LIDIA.- (Interrumpiendo.) ¿Cuánto más?

JOSÉ.- (Indeciso.) No lo sé. No puedo fijar una fecha... Pero por el momento no nos podemos ir.

LIDIA.- (Conmiserativa.) Sí... ¡Aún es pronto para alzar el vuelo!

JOSÉ.- ¿Qué quieres decir?

LIDIA.- Nada José, nada.

(Se levanta y pasea.) (A punto de terminar el párrafo marcará el mutis hacia la puerta primera derecha.)

Pensaba en los gorriones, o en cualquier avecilla del campo, que desde el momento que nace a la vida abriendo los ojos, se esfuerza por sacar la cabeza fuera del nido con deseo de conocer cuanto le rodea... Algo más tarde cuando empieza a plumar, bate fuerte sus alas queriendo volar por mas que las plumas aún flojas no mantengan su peso... Así un día y otro intentándolo sin parar... Hasta que una mañana cuando el sol saluda el nido, lo encuentra vacío. El pajarillo ha alzado el vuelo, torpe y desmañado aún, casi saltando de rama en rama, pero piando de gozo porque ya puede surcar el espacio con ganas de volar... Con ganas de vivir, José... ¡Con ganas de vivir!

(Hace mutis.)

(Al quedar a solas, JOSÉ mira pensativo el contenido del vaso que tiene entre manos. Lo deja, saca un cigarrillo y lo enciende.)

Escena IV

JOSÉ y CARMEN.

Enseguida entra CARMEN del segundo término derecha.

CARMEN.- Pronto has llegado.

JOSÉ.- Sí, el trámite ha sido breve...

CARMEN.- Te fuiste sin decirme nada.

JOSÉ.- Perdona Mamá, pero salía con Martín y pensé que estarías ocupada en tus cosas.

CARMEN.- Sí hijo, ocupada sí, porque en esta casa no se puede parar ni un momento.

(Se sienta junto a él.)

JOSÉ.- Mamá. ¿Qué os ha pasado hoy?

CARMEN.- ¿Hoy?. Nada especial, ¿por qué lo dices?

JOSÉ.- Porque he encontrado a Lidia disgustada.

CARMEN.- ¡Claro!. ¡Y cuándo no es fiesta!... Yo no sé qué le pasa a tu mujer que nunca ves en ella ni una sonrisa ni un gesto amable. Siempre está como fastidiada... ¡Como si los demás estuvieran perjudicándola!

JOSÉ.- ¿Y cuál es el motivo para que no podáis llevaros bien si puede saberse?

CARMEN.- ¡Ay hijo!. Por mi parte no existe ningún problema... Es ella que parece que viva en otro mundo. Es como si siempre estuviera en una nube pensando ella sabrá qué... No se digna hablar con nadie, y si alguna vez lo hace conmigo, sabe arreglárselo para acabar poco menos que insultándome...

JOSÉ.- Ella se queja de que no la dejas hacer nada en la casa... Que cualquier cosa que hace te parece mal.

CARMEN.- Eso tiene un nombre, Pepín... ¡Cinismo!

JOSÉ- ¡Mamá!...

CARMEN.- ¡Cinismo, Pepín! ¡Cinismo!... ¿Tú crees que a mí no me vendría bien una ayuda en una casa tan grande como ésta?

JOSÉ- Pero yo sé que en muchas ocasiones has sido tú la que no le has permitido que las hiciera.

CARMEN.- No es exactamente así... En todas las casas hay un ritmo, unas costumbres, un estilo... y tu mujer parece tener muy claro, que cualquier cosa que aquí se hace ha de ser cambiada por ella. Ella quiere hacer las cosas al contrario de como yo las he hecho toda la vida...

JOSÉ- Es verdad que sois dos generaciones distintas, pero ella también tiene ideas buenas...

CARMEN.- ¿Qué insinúas?, ¿que lo que yo hago está mal hecho?

JOSÉ- No, Mamá, pero...

CARMEN.- (**Interrumpiéndole.**) No creo que puedas tener queja de tu madre...

JOSÉ- Está claro que no...

CARMEN.- Toda mi vida he sido una esclava para ti... No he tenido otra meta que ver a mi Pepín bien puesto, siempre limpio y bien vestido... Siempre preocupándome de que no te faltase de nada.

JOSÉ- Mamá, si yo y todo eso lo sé y sé valorarlo.

CARMEN.- ¡Pues cualquiera lo diría! (**Lamentándose.**) ¡Desvívete por un hijo, para que luego te pague así!...

JOSÉ- ¡Ay, Mamá!. ¡Que estás sacando las cosas de quicio!

CARMEN.- No. Tú eres quién no sabe poner las cosas en su lugar. Tú, quien por una evidente falta de carácter, no sabes hacer respetar el lugar que a cada cuál le corresponde en esta casa. (**Haciendo como que llora.**) Tú, que ya has dejado de querer a tu madre...

JOSÉ- (**Molesto.**) ¡Por amor de Dios, Mamá!...

CARMEN.- ¡Tanto que me he sacrificado por ti!... En vida de tu padre renunciando a tantas cosas por tu seguridad... privándome de ir a fiestas para no dejarte solo, pasando

noches en vela cuando estabas malo... sufriendo cada vez que tosías o estornudabas... viviendo siempre en un ay, por lo que pudiera pasarle a mi Pepín. **(Pausa breve.)** Más tarde, al enviudar, privándome de lujos, viviendo con sobriedad para que pudieras acabar la carrera, esforzándome en mantener todos los contactos profesionales con los compañeros de papá, para intentar ayudarte... para allanarte el camino que un día debías seguir... Tu camino.

JOSÉ- Mamá, ¿crees que no sé cuánto te debo?...

CARMEN.- No, no lo sabes.

JOSÉ- ¡Ahora eres tú la que quiere estar ciega!

CARMEN.- No, Pepín, no. Tú no sabes hasta dónde ha llegado el sacrificio de tu madre. **(Pausa breve.)** Tu padre nos dejó siendo tú un crío y yo aún una mujer joven, con muchas posibilidades de haber encontrado un hombre que tomara sobre sus hombros el peso de la familia... Pero yo sabía que un extraño no te habría dado nunca el verdadero amor de padre. Y me resigné a mi viudedad consagrándome por entero a criarte, a quererte y a hacer de ti un hombre de provecho.

JOSÉ- Y yo soy consciente de todo ese sacrificio, y sé apreciarlo y lo agradezco, y sé que nunca podré pagarte todo lo que has hecho por mí...

CARMEN.- No se trata de pagar. No hay por medio nada material, solo cuestión de afecto... Hacerse cargo de que ahora soy una mujer delicada, que necesita recoger todo el amor que a lo largo de su vida sembró.

JOSÉ- **(Afectuoso, pasando un brazo por su cuello.)** Y lo tienes, Mamaíta... todo ese amor que necesitas, porque pase lo que pase yo sigo siendo tu hijo... tu Pepín, que te quiere y no te dejará nunca.

(La besa afectuoso en la mejilla.) (Ella lo acepta complacida y enseguida se levanta.)

CARMEN.- He de vigilar la comida que ya estará casi a punto...

(Hace como que se va a la cocina pero vuelve atrás al tercer paso.)

¡Ah, Pepín!. Quería pedirte un favor...

JOSÉ- ¿Un favor?. Tú dirás...

CARMEN.- Verás. Es que llevo unas noches que no me encuentro bien.

JOSÉ- ¿Qué te ocurre?...

CARMEN.- Es posible que no sea nada... pero, es como si de momento me dieran unas palpitaciones fuertes, y una opresión me ahogara un poco.

JOSÉ- ¿Y eso cuándo ha sido?

CARMEN.- Como te digo, varias veces en las últimas noches.

JOSÉ- ¿Y cómo no has llamado a don Luis?

CARMEN.- **(Con tono que suene a falso.)** No, si la verdad es que no creo que tenga demasiada importancia... serán cosas de la edad... no obstante me gustaría que esta noche al menos no me dejaseis sola en casa...

JOSÉ- ¿Cómo dejarte sola?... Mi plan es que fuésemos los tres al Olimpia...

CARMEN.- No, ya sabes que como a mí el teatro no me gusta mucho, yo prefiero que vayáis vosotros dos solos... Ahora bien, si no os molestara, te pediría que lo dejaseis para otra noche y que hoy os quedarais en casa por si me vuelven esas palpitaciones.

JOSÉ- ¡Pues claro que nos quedaremos!. Al teatro podemos ir mañana u otra noche... Y si te vuelven esas palpitaciones no dejes de decirlo. Y mañana te vienes conmigo al médico sin falta.

CARMEN.- Descuida que si me vuelven te lo diré.

(Hace mutis por el foro con un gesto de satisfacción.)

Escena V

JOSÉ, LIDIA y PILI, **después** MARÍA y CARMEN.

**JOSÉ se levanta un tanto preocupado. Sin prisa coge el portafolios y se dirige hacia la puerta del despacho
Entra LIDIA antes de que él salga.**

LIDIA.- ¿Vas a trabajar ahora?

JOSÉ.- No, ¿por qué?

LIDIA.- Lo decía por que la comida estará casi a punto...

JOSÉ.- ¡Ah, no!. Sólo iba a dejar el portafolios ahí dentro.

(Abre la puerta y sin entrar habla hacia dentro.)

Pili... puedes irte a casa. Ya es hora.

PILI.- **(Sale del despacho quedándose en la puerta.)** Muy bien, don José. En el correo no ha venido hoy nada de importancia. Ahora terminaré de cerrar unas cartas y me iré. ¿Le guardo el portafolios?...

JOSÉ.- Sí. Toma. **(Se lo da.)**

PILI.- **(Tomándolo y haciendo mutis.)** Pues hasta mañana.

JOSÉ.- ¡Adiós!. **(Cierra la puerta y vuelve al centrito.)** Mira, Lidia, aprovechando que estamos solos... Siéntate. **(Sin esperar se sienta él en el sofá.)**

LIDIA.- **(Yendo al sillón y sentándose.)** ¿De verdad crees que estamos solos?...

JOSÉ.- ¡Mujer!. Todo lo solo que se puede estar en casa...

LIDIA.- ¡Ya!

JOSÉ.- Quiero que sepas que la mamá está enferma y tal vez sea de gravedad.

LIDIA.- **(En guardia.)** ¿Ah, sí?, ¿qué le pasa?

JOSÉ.- Me acaba de confiar que desde hace unas noches está padeciendo unas palpitaciones y unos ahogos, y por

miedo a que le vuelvan hoy, me ha pedido que esta noche no la dejemos sola.

LIDIA.- (Con naturalidad.) Y naturalmente, tú le habrás dicho que no tiene importancia dejar el teatro para otra noche.

JOSÉ.- Sí. Efectivamente... Y me preocupa bastante el síntoma, hasta el punto que mañana mismo pienso hablar con el médico, aunque ella le ha restado importancia al caso.

LIDIA.- (Con sorna.) ¿Y no te ha insinuado qué noche se encontrará suficientemente bien para ir al teatro?

JOSÉ.- (Molesto.) Ese tono mordaz no lo encuentro apropiado en esta circunstancia, y más cuándo ella estaba dispuesta a quedarse en casa mientras tú y yo nos íbamos solos.

LIDIA.- ¿Tú y yo solos? ¡No me hagas reír! ¿Cuándo nos hemos ido tú y yo solos en los seis meses que llevamos casados, aparte del viaje a Mallorca?

JOSÉ.- (Serio.) Ella me ha asegurado que prefería quedarse en casa en vez de salir, y no tengo por qué dudar que sea así. Por otra parte no creo que consideres una molestia que nos acompañe a una velada teatral o a una sesión de cine...

LIDIA.- Por supuesto que no. **(Puntillosa.)** Ni tampoco que se venga con nosotros a escoger el color del traje que te está haciendo el sastre, ni a las dos pruebas del traje, ni a la cena del radio-club para matrimonios, ni al dispensario para ponerte la vacuna contra la gripe, ni a Daniel a tomarnos una horchata, ni allá donde seamos invitados por quien sea... Y ya deberías saber que empiezan a conocernos por ahí como «el matrimonio a tres».

JOSÉ.- ¡Vaya!. No creía que llevaras tan en cuenta las veces que ha salido con nosotros...

LIDIA.- ¡Pero, José! ¡Si no hay que llevar en cuenta las que viene!... ¡Si lo extraordinario es que no venga!.

JOSÉ.- (Enfadándose.) Bueno. Pues aunque sea así. Después de todo es mi madre, y lo mismo haríamos si fuera la tuya la que viviera con nosotros.

LIDIA.- Mira, una cosa está muy clara, y es que tu madre me odia. Tu madre está dispuesta a hacerme la vida imposible y a impedir como pueda nuestra intimidad, con tal

de no perder el ascendiente que tiene sobre ti.

JOSÉ.- Lidia, eso es pasar de una observación a una insidia. Resulta casi insultante la exposición que estás haciendo de su proceder.

LIDIA.- No, José, es la puñetera realidad. Tú te metes ahí dentro o te vas al juzgado y tienes poco contacto con ella a lo largo del día, pero yo la estoy padeciendo a todas horas y te aseguro que ya estoy harta.

JOSÉ.- Pero ¿se puede saber a qué viene todo esto?

LIDIA.- Viene a que cuando ella quiere, te hace comulgar con ruedas de molino y tú ni te enteras.

JOSÉ.- ¿Qué quieres decir?

LIDIA.- Que de palpitaciones nada, hijo. Que ella a donde estaba dispuesta a ir esta noche era al cine en vez de al teatro, y eso es todo.

JOSÉ.- Calla, no sabes qué dices...

(Entra MARÍA que no pasa de la puerta.)

MARÍA.- Señorita...

LIDIA.- ¿Sí?...

MARÍA.- Que dice la Señora que la comida está servida.

LIDIA.- (En un arranque.) Ve y dile a la Señora que haga el favor de venir un momento.

JOSÉ.- (Sorprendido.) ¿Qué dices?

MARÍA.- Ahora la llamo.

(Hace mutis con rapidez.)

JOSÉ.- ¿A qué viene todo esto?...

LIDIA.- ¿Que a qué viene?... Que ya está siendo hora de que se te caiga la venda que llevas en los ojos.

JOSÉ.- ¡No sabes lo que estás diciendo!

LIDIA.- ¡Ya lo creo que lo sé!

JOSÉ.- Mira. Te ruego que no hagas nada que puedas lamentar...

LIDIA.- Ahora verás como se aclaran las «palpitaciones» de una vez para siempre.

JOSÉ.- ¡Mira qué haces... que le puedes dar un disgusto!...

(**Entra CARMEN.**)

CARMEN.- (A JOSÉ.) ¿Quién habla de disgustos? ¿No podéis dejar estas cosas para después del arroz?

LIDIA.- (Se levanta encarándose a CARMEN.) (Con tono acusador.) Usted se ha inventado eso de las palpitaciones, para impedir que esta noche mi marido y yo nos vayamos al teatro.

CARMEN.- ¡Eso es mentira!

JOSÉ.- Lidia, por favor...

LIDIA.- (Con el mismo tono.) Usted le ha confesado a la vecina de arriba delante de mí, hace menos de una hora, que esta noche estaba dispuesta a salir si José la llevaba al Eslava a ver la película que ponen.

CARMEN.- (A JOSÉ.) ¿Tú vas a creer eso?

JOSÉ.- ¡Basta ya!. No estoy dispuesto a consentir que esto continúe... Lidia, te ruego que te calles.

LIDIA.- (Encarándose seria a él.) ¿Me ruegas o me ordenas?

JOSÉ.- Pues bien. Si es preciso para cortar esta desagradable situación, sí, te lo ordeno.

LIDIA.- De acuerdo, José. Callaré, pero recuerda que en esta ocasión has tomado partido.

CARMEN.- ¿Ves?. Y encima te amenaza. (Vacila un tanto simulando algo parecido a un desmayo.) ¡Ay!, me estoy poniendo mala...

JOSÉ.- (Asustado.) ¿Ves qué has conseguido?...

LIDIA.- ¿Pero vas a creer esa fantasía?... ¿Pero no ves que está interpretando?

JOSÉ.- ¡Calla!.

(Sostiene a CARMEN prestándole ayuda.)

CARMEN.- Es el corazón, Pepín, es el corazón...

JOSÉ.- Cálmate Mamaíta, cálmate que no será nada.

LIDIA.- **(Incrédula por el cinismo de CARMEN.)** ¿Será posible?...

JOSÉ.- **(A LIDIA.)** Si le ocurre algo a mi madre, no te lo perdonaré nunca.

(Ayudando a CARMEN hacen mutis los dos por el segundo término del lateral derecha.)

No te preocupes, Mamá, que no será nada...

LIDIA.- **(En el momento que salen, cierra los ojos alzando la cara al cielo, al tiempo que muestra extendidas las palmas de las manos en un gesto de impotencia.)**

(Dramáticamente.) ¿Y esto hasta cuándo, Señor?... ¿Hasta cuándo?...

(Telón rápido.)

FIN DEL PRIMER ACTO

Acto II

La acción se desarrolla en la misma sala que el acto primero. Ya han transcurrido dos meses. No ha cambiado nada en el aspecto decorativo. Es un día cualquiera a media tarde.

Escena I

ELODIA y MARÍA después CARMEN y JOSÉ.

Al levantarse el telón, ELODIA está sentada en la mecedora haciendo punto. MARÍA de pie ante ella con una bayeta en la mano, razona con ELODIA de las cosas de que aquella le habla, aunque con evidente retraimiento.

ELODIA.- Total, que la más perjudicada en este caso ha sido la pobre Señora.

MARÍA.- No sé por qué dice usted eso... Según yo veo las cosas, resulta ser la Señorita la que más padece por la actual situación.

ELODIA.- ¡Sí, sí! ¡Cualquiera que te oiga podría pensar que la que ha enfermado es ella!...

MARÍA.- Yo no digo eso... Está claro que la enferma es la Señora, pero lo que tiene no deja de ser normal a su edad.

ELODIA.- Eso no, porque de no haber sido por lo que todos sabemos doña Carmen estaría la mar de bien...

MARÍA.- Pues yo pienso que la situación de la Señorita no es nada envidiable...

ELODIA.- ¡Si tenemos en cuenta que ella es la culpable de todo lo que ha sucedido!...

MARÍA.- (Medio para sí.) No me atrevería yo a asegurar eso tan categóricamente...

ELODIA.- Mira, cuando ocurrió aquello hace dos meses, la Señora casi estuvo a punto de morir del disgusto, y de

no haber sido por todo lo que hizo don José, y aunque sea inmodestia, por lo que yo me desviví aquellos días por ella, no sé si a estas horas se encontraría aún entre nosotros.

MARÍA.- Mire usted. Una cosa que tengo muy clara es que yo no voy a tomar partido por nadie de esta casa, y más en tanto que de ella salga el sueldo que me gano, no obstante, considero que la clase de vida que está llevando la Señorita, no creo que nadie pueda pensar que le deba resultar excesivamente agradable...

ELODIA.- ¿Y eso por qué?

MARÍA.- Porque aquí no le hace caso nadie. La Señora ni tropezando con ella se da por enterada de que existe. El Señor, justamente lo necesario para que no se pueda decir que no se tratan. Y si es usted...

ELODIA.- (Interrumpiéndola.) Yo no tengo por qué tratarla... Como a mí nunca me ha sido simpática, ni antes hablaba con ella ni ahora tengo por qué hablarle.

MARÍA.- (Medio para sí.) Y ante la evidencia de lo bien que usted le cae a ella, tampoco creo que le importe demasiado si le habla o no.

ELODIA.- (Como si no hubiera oído su comentario.) ¿Y a ti no te ha dicho donde iba hoy?

MARÍA.- ¿A mí? ¡Qué va!... Se habrá ido de compras... o a dar una vuelta por ahí... ¡Yo qué sé!

ELODIA.- Mujer, si te lo pregunto es porque me consta que a ti sí se confía, y eres de esta casa la única con quien mantiene conversación.

MARÍA.- (Rehuyendo el diálogo.) No lo crea, conmigo habla de lo que es normal que hable y nada más. **(Decidida.)** Bien, y si no necesita nada más de mí, continuaré repasando los muebles que me faltan por ahí dentro.

ELODIA.- ¡No faltaba más!... Por mi no dejes de hacer lo que debas.

MARÍA.- (Marcando el mutis por la segunda puerta del lateral derecha.) Entonces la dejo...

ELODIA.- ¡Ah! ¿Ayer también vino don Martín?

MARÍA.- ¿Y a qué viene esa pregunta?...

ELODIA.- A nada, pero es que como de poco tiempo aquí es raro el día que no viene...

MARÍA.- Esa es una cuestión que yo no llevo en cuenta, como usted podrá comprender...

ELODIA.- Pues normalmente eres tú la que abre la puerta.

MARÍA.- ¿Y usted cómo sabe que viene a menudo?

ELODIA.- Porque le he visto desde la escalera entrar un montón de veces.

MARÍA.- Pues mire. Si estuviera usted dentro de su casa, en vez de estar curioseando en la del vecino, seguro que no lo habría visto.

(Mutis rápido.)

ELODIA.- ¡Cómo me ha fastidiado la fresca ésta!... Ahora que... ¡Ya caerás, guapa!...

(Continúa haciendo punto con evidente mal genio.)

(Al momento entran CARMEN y JOSÉ que vienen de la calle.)

(CARMEN se quedará hablando con ELODIA junto a la mesa, mientras JOSÉ, sin prisa y en silencio hará mutis por la puerta del despacho.)

(Al entrar los dos, ELODIA se levantará yendo hacia CARMEN.)

CARMEN.- ¡Ya estamos en casa!...

(Se quitará alguna prenda manteniéndola en la mano.)

ELODIA.- ¡Ah, pues no han tardado mucho!...

CARMEN.- Hoy hemos tenido bastante suerte con el número. Éramos los terceros en la consulta, y de los otros dos, uno sólo iba a que le extendieran una receta...

ELODIA.- ¿Y qué le ha dicho el médico?...

CARMEN.- Lo de siempre. Que continúe el régimen y la medicación... Ya sabes, lo mío es el corazón... el corazón y la edad.

(Se sienta junto a la mesa.)

ELODIA.- ¡Calle, edad! ¡Cualquiera diría oyéndola...! En cuanto a ese corazón, ya verá como cuidándolo, pronto se recupera del todo.

CARMEN.- ¡Ay, hija! ¡Qué más quisiera yo!... Pero estas cosas cuando dicen que no quieren seguir adelante...

ELODIA.- Traiga esa prenda que la deje aquí.

(Le toma la prenda y la colocará sobre alguna silla.)

CARMEN.- Ven y siéntate que me tienes que contar... ¿Dónde está María?...

ELODIA.- **(Señala al tiempo que se sienta a su lado.)** Por ahí dentro, creo que en su alcoba repasando muebles.

CARMEN.- ¿Y qué? ¿Te ha contado alguna cosa?

ELODIA.- Nada. Y no será porque no lo he intentado. Pero María es una lagarta que ya, ya...

CARMEN.- Pues ella debe saber bastante...

ELODIA.- ¡Sí, pero cualquiera se lo saca!

CARMEN.- ¿Y la otra?, ¿no ha vuelto aún?...

ELODIA.- No, se fue diez minutos después de salir ustedes y todavía no ha vuelto.

CARMEN.- Sí, su salidita de todas las tardes... que ya me gustaría a mí saber donde va y con quién se ve. **(Pausa breve.)** Y este hijo mío que por más que le diga, se empeña en estar ciego.

ELODIA.- Ciego no, son muchos los sufrimientos que ahora tiene el pobre... La enfermedad de usted, los problemas del buffet y... el comportamiento de Lidia con los de casa, que está visto que nada de lo que pase parece que le importe... Que ella «ase de todo».

CARMEN.- (**Lamentándose.**) ¡Tal como yo pensaba! ¡Ha salido todo como me lo imaginaba!... Con las veces que le dije a Pepín; ¡Esa mujer no te conviene! ¡No es la que tú mereces! ¡Mira que nos creará problemas!... Y ya ves, solo ocho meses de casados y ya está todo deshecho...

ELODIA.- Yo lamento mucho la desgracia de su hijo... Porque un hombre tan trabajador y tan bueno, no merece verse abocado a una vida como la que le ha tocado en suerte.

(**Entra JOSÉ desde el despacho con un libro entre las manos que dejará en el centríto.**)

(**Al aparecer se callan las dos.**)

(**JOSÉ, sin pausa, hace mutis por la primera puerta de la derecha.**)

CARMEN.- (**Siguiéndolo con la vista.**) Ahí lo tienes, siempre preocupado y como ausente... Ya ves, de un tiempo aquí la mayoría de las veces parece que no se de cuenta ni de quién pasa a su lado.

ELODIA.- Motivos no le faltan al pobre...

CARMEN.- ¡Amargado está este hijo mío!

ELODIA.- A mí me da una pena...

(**Por la segunda derecha entra MARÍA que escuchará a CARMEN.**)

MARÍA.- Señora...

CARMEN.- ¿Terminaste con la ropa de cama?

MARÍA.- Sí señora.

CARMEN.- ¿Está toda planchada y plegada?...

MARÍA.- Sí señora. He dejado aparte dos fundas de almohada porque se han deshilachado en la lavadora.

CARMEN.- ¡Vaya por Dios!. Pues es la segunda vez que pasa... El número del técnico está apuntado en el calendario de la cocina, búscalo y lo avisas para que venga a ver qué le pasa a ese trasto.

MARÍA.- Sí señora.

CARMEN.- ¿Ha venido el chico del Súper?

MARÍA.- Sí señora, ha traído dos cajas de cartón llenas de compra y un saquito de patatas.

CARMEN.- ¿Comprobaste si estaba todo?

MARÍA.- No lo sé, porque como la nota de la compra se la llevó usted... No obstante por el volumen debe estar todo...

CARMEN.- Bien. Luego lo repasaremos. (**Señalando la prenda que se llevó.**) Coge eso, y haz el favor de guardarlo en el armario.

MARÍA.- Enseguida.

(**Toma la prenda y vuelve a hacer mutis por el mismo sitio que entró.**)

ELODIA.- ¿Sabe usted que ésta nos ha salido respondona?

CARMEN.- ¿Quieres decir?...

ELODIA.- Que se está tomando muchas confianzas de un tiempo a esta parte.

CARMEN.- Ya veo que tú también lo has notado. Es verdad que se ha vuelto una descarada. Nunca calla cuándo le dices algo, y siempre tiene una respuesta a punto para sentenciar cualquier comentario que se haga ante ella, venga o no venga al caso.

ELODIA.- Pues si me admite un consejo, creo que debería apretarle las tuercas.

CARMEN.- Te aseguro que si no fuera por la escasez en el servicio doméstico por la que estamos pasando, ya la habría puesto de patitas en la calle...

ELODIA.- Pues si solo es por eso, no se preocupe.

CARMEN.- ¿Quieres decir?...

ELODIA.- Que yo conozco una mujer, que en un caso de necesidad no dudaría en dejar la casa donde trabaja con tal de venir aquí con usted. Es viuda de uno que era funcionario interino en el Ayuntamiento. Uno de esos que colocaron por el dedo sin oposición ni nada, y mira por donde se murió y la pobre viuda se ha quedado con una mano delante y otra detrás.

CARMEN.- ¿Y no le ha quedado ninguna pensión?

ELODIA.- Parece que no, porque como él había entrado «de empujón» dejándose el trabajo que tenía, seguramente esperando conseguir «más altos vuelos», resulta que en papeles oficiales no figuraba, por lo tanto ya le digo... ella de momento, a limpiar escaleras.

CARMEN.- ¿Y cómo es?...

ELODIA.- Es una mujer aún joven, con una hija de unos veinte años. Sencilla, muy limpia y ordenada. Y en cuanto a discreta y trabajadora... ¡Qué le voy a contar!

CARMEN.- Pues mira, sabiendo que tú puedes resolver el problema si ésta se sale de madre, puede ser que me lo piense porque ya me está hartando.

ELODIA.- Y haría usted pero que muy bien... porque hay que ver con qué falta de respeto trata a todo el mundo.

CARMEN.- Sí que es verdad, hija, se ha vuelto que no hay por donde cogerla.

(Regresa JOSÉ de su habitación, en bata de estar por casa. Irá hasta el sillón, coge el libro y se sienta comenzando a leer.)

ELODIA.- **(Levantándose.)** Bien, doña Carmen. Me voy a casa que tengo aún muchas cosas que hacer.

CARMEN.- ¿Tan pronto?...

ELODIA.- Por mí no me iría, se lo aseguro, pero ya sabe que las faenas de la casa...

CARMEN.- ¡Vaya!. Pues ya hablaremos mañana. **(Hace acción de levantarse.)**

ELODIA.- No se levante... Ya bajaré mañana un ratito.
(Hace mutis por el foro.)

CARMEN.- Hasta mañana, hija...

Escena II

CARMEN y JOSÉ, después MARÍA.

JOSÉ coge un cigarrillo del paquete que habrá sobre el centrito y lo enciende.

CARMEN.- Estás fumando mucho estos días, Pepín...

JOSÉ.- No creas. Quemo más que fumo.

CARMEN.- ¿No tienes nada que hacer esta tarde?

JOSÉ.- Sí. Aún no he terminado con el asunto del transportista de Albal, pero ahora no me apetece hacer nada... Después de cenar tal vez trabaje un poco.

CARMEN.- Muy largo está resultando ese caso ¿no?

JOSÉ.- No es que sea complicado, lo que pasa es que es muy laborioso al haber encartados en él, al menos cuatro coautores del desfalco.

CARMEN.- ¡Y que se pondrían ciegos de robar! ¿No?

JOSÉ.- (Evasivo.) Más o menos...

CARMEN.- (Se levanta sin prisa, y con la labor entre manos va a sentarse en el sofá.) ¿Tú tienes idea de donde va Lidia todas las tardes?...

JOSÉ.- No lo sé.

CARMEN.- ¿Ni te importa donde vaya?...

JOSÉ.- (Dejando el libro pensativo.) La verdad es que tampoco sé si me importa...

CARMEN.- Te importe o no, el caso es que no está bien que salga tan a menudo... y más sin decir donde va ni con quién se ve.

JOSÉ- ¿Y qué quieres que haga?, ¿que se lo prohíba?

CARMEN- Pues mira, sería acertado que le llamaras la atención en ese punto, aunque sólo fuera por cuidar el buen nombre de la familia.

JOSÉ- Mira, Mamá. Hemos llegado a un punto en el que los dos nos ignoramos casi por completo... Yo creí que esto duraría un par de días después del disgusto, pero ya han pasado dos meses y en vez de arreglarse, las cosas han ido aún a peor.

CARMEN- Las cosas no se han arreglado porque ella no ha querido.

JOSÉ- ¿Qué insinúas?...

CARMEN- Que ocasiones para reconocer que obró mal y mostrarse arrepentida, no le han faltado.

JOSÉ- Tú sabes que ella es mujer de orgullo acusado...

CARMEN- No es cuestión de orgullo, Pepín, es cuestión de maldad.

JOSÉ- ¿Cómo de maldad?

CARMEN- Sí. Porque ella sabe que comportándose como se comporta te hace sufrir... y que viéndote sufrir a ti, yo no podré curarme.

JOSÉ- **(Pensativo.)** De veras que no sé cómo va a acabar esto. **(Se levanta y va al mueble donde se preparará alguna bebida.)**

CARMEN- Estás bebiendo demasiado estos días, Pepín...

JOSÉ- No, Mamá. Si son cuatro gotas. **(Con el vaso en la mano paseará arriba y abajo con calma mientras interpreta.)**

CARMEN- Hoy no ha venido Martín...

JOSÉ- No.

CARMEN- ¿No crees que últimamente viene demasiado por aquí?

JOSÉ- No. Es normal que venga si se tiene en cuenta que llevamos más de un caso a medias...

CARMEN.- Sí, pero siempre que viene aprovecha para quedarse a charlar con Lidia, y eso no tiene nada que ver con las medianías del trabajo.

JOSÉ.- Martín es amigo común de los dos desde hace muchos años, y no tiene ninguna importancia que hablen aquí de tanto en cuánto como buenos amigos que son.

CARMEN.- Efectivamente... ¡Caray, Pepín!. Deja de pasear que me mareas; no puedo estar hablando contigo y doblando el cuello a cada momento.

JOSÉ.- Perdona... **(Va al sillón y se sienta.)**

CARMEN.- Decía que, efectivamente, no es importante que se vean y hablen aquí de lo que quieran hablar... pero ya sería otra cosa si los dos se estuvieran viendo fuera de aquí...

JOSÉ.- ¿Qué estás insinuando?

(Entra MARÍA por la segunda puerta del lateral derecha y va donde está CARMEN.) (Los dos se callan ante ella.)

MARÍA.- Señora, como ya es hora voy a empezar a preparar las cosas de la cena. ¿Le ha cambiado de régimen el médico o he de prepararle lo de todas las noches?

CARMEN.- Sí. La cena de siempre.

MARÍA.- Hervido de cebolla y judías verdes y un trozo de pechuga asada. ¿Es eso?...

CARMEN.- Sí, hija. El hervido sin sal, y a la carne le pones unas gotas de limón aunque sea, porque sino no sabe a nada.

MARÍA.- **(Mirando a JOSÉ.)** ¿Y para los demás?...

JOSÉ.- Yo cualquier cosa.

CARMEN.- De primero también hervido, pero agregándole un par de patatas, y de segundo dos cortadas de merluza al horno con una salsita roja.

MARÍA.- Sí señora. ¿Para postre prefieren fruta o flan?. Lo pregunto por hacerlos porque no quedan.

CARMEN.- (Desagradable.) Pues si no quedan haz unos cuantos, y si no se comen hoy ya se comerán mañana.

MARÍA.- Sí señora. Ahora los haré también. Si no manda nada, me voy a la cocina.

CARMEN.- Ya te puedes ir.

(MARÍA hace mutis por el foro a la derecha.)

JOSÉ.- ¿Qué querías decir antes con eso de que Lidia y Martín se estuvieran viendo fuera de aquí?

CARMEN.- Exactamente eso. Que se ven fuera de aquí.

JOSÉ.- Pero, ¿cómo y donde?

CARMEN.- Yo sólo puedo decir lo que a mí me ha dicho quién les vio.

JOSÉ.- Puede ser que se hayan encontrado circunstancialmente...

CARMEN.- No se debe a casualidad. Es cierto que desde hace tiempo mantienen entrevistas bastante regularmente... Quien me lo ha dicho los ha visto en la cafetería Sonia, a la que suelen acudir al menos dos tardes por semana.

JOSÉ.- (Pensativo.) Es extraño que Martín no me haya dicho nada... No tendría ninguna importancia de haber sido una entrevista aislada, pero si se han repetido...

CARMEN.- Debes hacer algo.

JOSÉ.- (Pausa breve.) ¿Y qué crees que podría hacer?

CARMEN.- Por lo pronto intentar tirarle a ella de la lengua, a ver si lo niega o lo reconoce.

JOSÉ.- Mal asunto... Porque si se lo pregunto y lo niega seguiremos estando como ahora, sin saber la verdad y con la duda presidiendo nuestros contactos laborales... Y si reconoce que es cierto... Si lo reconoce sería el final de todo...

CARMEN.- Mira, Pepín. Tú harás lo que consideres oportuno. Sobre todo no quiero que nadie pueda pensar que soy una madre absorbente, ni que intento dirigir la voluntad de mi hijo. ¡Nada más lejos de eso!... Pero está claro que tu

felicidad me importa. Me importa y mucho... Sabes que en relación a Lidia siempre he tenido «un no sé qué» allá dentro que me decía, que no era la mujer que podía hacer feliz a mi hijo. Tú te empeñaste en casarte con ella y te casaste. Como era de esperar ahora las cosas se han torcido. Un incidente grave como el que en esta casa estamos viviendo es cosa que incluso arreglándose, siempre dejará una marca en nuestro futuro, y que si no se arregla, poco a poco irá haciéndose insostenible amargándonos la vida a los dos...

JOSÉ.- ¿Y crees que está en mis manos arreglarlo?

CARMEN.- Al menos lo puedes intentar.

JOSÉ.- ¿De qué manera?

CARMEN.- Hablando con Lidia seriamente desde tu sitio de cabeza de familia y con tu autoridad de hombre... Si está dispuesta a acatar la disciplina del matrimonio y lo demuestra, haciendo lo que sea menester para cumplir y olvidar lo que ha sucedido entre vosotros.

JOSÉ.- ¿Y si no está dispuesta?...

CARMEN.- Si no está dispuesta, lo mejor es la separación.

JOSÉ.- ¿La separación?... Pero Mamá, yo no quiero separarme de Lidia. Yo estoy enamorado de ella.

CARMEN.- **(Conmiserativa.)** ¡Pobre hijo mío!. Esa mujer no merece tu amor.

JOSÉ.- No Mamá. La separación no. Ha de haber otra solución... Tal vez si yo cediese un poco... Si accediera a su capricho y nos fuéramos a un pisito los dos a solas...

CARMEN.- **(Alterándose.)** ¿Qué estás diciendo, Pepín?... ¿Irte de aquí dejando a tu madre sola y enferma, cuando más te necesita?

JOSÉ.- Pero Mamá...

CARMEN.- ¡Calla!. No digas nada. He comprendido perfectamente lo que te propones hacer.

JOSÉ.- Mamá, no es lo que imaginas...

CARMEN.- No sigas. Nada que puedas añadir ocultará el daño que has hecho a mi corazón de madre. **(Hace como que llora.)** ¡Cómo iba a pensar en tanta ingratitud por parte de mi hijo!

JOSÉ- (**Sin saber qué hacer.**) Mamá no llores, sabes que no puedo soportarlo... Olvida lo que te he dicho... Sabes que nunca he tenido intención de abandonar esta casa. Lo he dicho sin saber por qué.

CARMEN- (**Acusadora.**) ¡Pero lo has dicho, Pepín, lo has dicho. (**Lora falsamente.**)

JOSÉ- Deja de llorar... Eso no beneficia en nada a tu salud. (**Un tanto zalamero.**) Venga Mamaíta, no llores más...

CARMEN- Has de prometer que nunca me dejarás.

JOSÉ- (**Condescendiente.**) ¡No te dejaré!...

CARMEN- No, así no.

JOSÉ- ¿Cómo quieres que te lo diga?

CARMEN- Con seriedad, Como lo dicen los hombres.

JOSÉ- (**Serio y contrariado.**) Está bien, Mamá. No te dejaré sola.

(**Transición.**)

(**JOSÉ, levantándose va al mueble y se prepara otra bebida. Irá tomándosela mientras pasea pensativo.**)

CARMEN- (**Continúa su labor de punto mientras mantiene el diálogo.**) Tú no conoces a las mujeres, Pepín. Será bastante que le nombres el tema del divorcio para que ceda en su proceder. Porque ella sabe que fuera de aquí no tiene nada... Ella no se puede arriesgar a perder todas las comodidades que aquí tiene. La seguridad de una casa y una familia...

JOSÉ- No sé, Mamá. La separación... el divorcio, son cuestiones que nunca habían pasado por mi cabeza. Me angustia solo la idea...

CARMEN- Pero tú sabes que eso hoy es moneda corriente en los juzgados... Y piensa que es una buena salida para resolver situaciones que están condenadas de por vida... Cuando un matrimonio no puede ser feliz por el motivo que sea, la mejor solución es esa... Cada cuál por su sitio y en

libertad para empezar de nuevo.

JOSÉ.- (Pensativo.) Empezar de nuevo... No sé cómo podríamos empezar de nuevo...

(Seguirá paseando como ausente.)

(Entra MARÍA. Viene sin delantal, con un jersey o prenda similar y una bolsa de compra colgada del brazo. No pasará de la puerta.)

MARÍA.- Señora...

CARMEN.- (Volviéndose.) ¿Sí?

MARÍA.- Que he de salir a la tienda. Se ha terminado el aceite y en el pedido que trajeron del Súper no están las dos botellas que pedimos.

CARMEN.- ¡Ay, es verdad!. No me acordé de decírtelo. No lo pusieron porque solo había de girasol.

MARÍA.- ¿Recuerda usted si se necesita algo más de la calle, para aprovechar la salida?

CARMEN.- Sí, mira... Ya que vas a bajar pasa por la farmacia, y recoge las gotas que han pedido para mí al laboratorio. Están pagadas ya.

MARÍA.- Correcto. Pues vuelvo enseguida.

(Mutis por el foro a la izquierda.)

CARMEN.- (Levantándose.) Voy a dar una mirada por la cocina, porque de ésta cada día me puedo fiar menos. **(Se va por el foro a la derecha.)**

Escena III

JOSÉ y LIDIA después MARÍA y MARTÍN.

Al quedarse a solas JOSÉ va al sillón y se sienta, coge el libro y lo hojea intentando abstraerse en la lectura. Al momento entra LIDIA del foro izquierda, yendo a la primera puerta derecha. Se detendrá mientras habla con JOSÉ.

JOSÉ.- (Al verla.) ¿Ya estás aquí?

LIDIA.- (Fría en todo el diálogo.) Es evidente.

JOSÉ.- Lidia, es necesario que hablemos.

LIDIA.- Tú dirás...

JOSÉ.- No, siéntate...

LIDIA.- Si es para largo será mejor que me ponga cómoda.

(Hace mutis por la primera derecha.)

(JOSÉ coge un cigarro y lo enciende. Fumará pensativo mientras vuelve LIDIA.)

(Entra LIDIA en zapatillas y acabándose de poner una bata de estar por casa. Va al sofá y se sienta. Toma un cigarro y lo encenderá.)

LIDIA.- Tú dirás...

JOSÉ.- ¿Dónde has estado?

LIDIA.- Por ahí... en varios sitios...

JOSÉ.- ¿Sola?

LIDIA.- No.

JOSÉ.- ¿Con quién, si puede saberse?

LIDIA.- He estado con Martín.

JOSÉ.- ¿Con Martín?. **(Pausa breve.)** ¿Os habéis

encontrado por casualidad?

LIDIA.- No. Habíamos quedado citados.

JOSÉ.- ¡Y lo dices con toda tranquilidad!...

LIDIA.- ¿Y cómo quieres que lo diga?. No he hecho más que contestar a tu pregunta... He estado con Martín y no es la primera tarde que salgo con él.

JOSÉ.- ¿Y no me has dicho nada hasta ahora?

LIDIA.- Hasta ahora no me lo habías preguntado. Por cierto que me extraña que sea hoy, porque de dos meses a esta parte es como si yo no existiera en esta casa... Puede ser si no recuerdo mal, que sea la primera vez que me preguntas no con quién he salido, sino tan solo dónde he ido... Con una curiosidad «tan especial» por tu parte, comprenderás que no tengo por qué esforzarme en hacerte saber aquello por lo que tú no demuestras ningún interés.

JOSÉ.- Mira, Lidia. Dejémonos de rodeos y vamos a centrarnos en lo que interesa.

LIDIA.- ¡Vaya, hombre! ¡Parece ser que ha llegado el momento!... ¿Quiere decir que por fin te decides a coger el toro por los cuernos?. Veamos si es verdad.

JOSÉ.- ¿Cuánto tiempo hace que estás saliendo con Martín?

LIDIA.- Un mes aproximadamente.

JOSÉ.- ¡Un mes!...

LIDIA.- Sí. Y si quieres más exactitud; hoy hace un mes y tres días.

JOSÉ.- ¿Y qué habéis hecho en ese tiempo?

LIDIA.- ¡Hombre!. Resultaría bastante largo de contar, incluso resumiendo, y exponerlo ahora todo de golpe. (**Con ironía.**) Y por otra parte podría sentirse herida tu sensibilidad si entrase en detalles.

JOSÉ.- ¡Lidia!

LIDIA.- Mira, José. Vamos a dejarnos de rodeos y hablemos como adultos. Seis meses de vida en común, empuñándoos tu madre y tú en hacerme sentir como un mueble de esta casa, son más que suficientes para que me sienta defraudada de la vida matrimonial.

JOSÉ- No sabes lo que dices.

LIDIA- Sí sé lo que digo... En todo ese tiempo no he conseguido tener ni una satisfacción que me hiciera considerarme realizada como esposa, como ama de casa, porque sencillamente, yo no he tenido casa.

JOSÉ- No digas eso. Esta ha sido y es tu casa.

LIDIA- No. Yo soy aquí poco más que una invitada. Lo hemos discutido varias veces y sabes que tengo razón... Esta no es mi casa, sino la de tu madre.

JOSÉ- No eres nada razonable en tus planteamientos. Son muchos los matrimonios que comparten la casa de los padres...

LIDIA- Tú lo has dicho. ¡Que comparten!... Y compartir es más que tener un sitio en la mesa y una alcoba donde dormir... Compartir es poder exponer las ideas frente al planteamiento de los demás... Es decidir en un momento determinado sin tener que consultar con nadie, y en la certeza o al menos la esperanza, de no ser recriminada más tarde por la decisión tomada. Compartir es dar y recibir afecto de todos los miembros de la familia... Compartir es «sentirse» como una parte de la casa.

JOSÉ- ¿Y tú no has tenido todo eso que dices?

LIDIA- (Con amargura.) ¡Pobre José!... ¡Qué lejos vives de la realidad!

JOSÉ- (Un tanto molesto.) No entiendo ese tono que adoptas ni acepto esa conmiseración.

LIDIA- Bien. Está claro que no soy yo quién ha de hacerte alcanzar la mayoría de edad...

JOSÉ- ¿Qué dices?

LIDIA- Nada. Cosas mías.

JOSÉ- (Se levanta y pasea por la estancia.) Así es que mi socio y mi mujer llevan un mes saliendo juntos... ¿Qué más has de contarme?

LIDIA- No voy a contarte nada. Mañana, o tal vez esta misma tarde venga Martín para hablar contigo.

JOSÉ- ¿Qué quieres decir?, ¿que va a venir aquí a confesarme su culpa?

LIDIA.- No José, no. No se trata de confesar nada ni de sentirse culpable por lo que estamos haciendo. No es una confesión, es plantear la exposición de planes que hemos hecho para un futuro.

JOSÉ.- ¡Planes para un futuro!...

LIDIA.- Así es. Los dos somos jóvenes, tenemos aún muchos años por delante y el derecho irrenunciable a ser felices.

JOSÉ.- ¿Y yo? ¿Yo no tengo derecho a ser feliz?

LIDIA.- Por supuesto que sí. **(Con ironía.)** Pero tú tienes aún mucho más tiempo por delante que nosotros para encontrar esa felicidad.

JOSÉ.- No te entiendo, Lidia.

LIDIA.- **(Sarcástica.)** Sí hombre, tú aún estás plumando, tus alas son flojas y no te permiten alzar el vuelo... Aún no eres adulto... aún necesitas el contacto de la madre y el calor del nido.

JOSÉ.- Odio tu sarcasmo... ¡Nos separaremos!

LIDIA.- De hecho ya lo estamos.

JOSÉ.- ¡Y nos divorciaremos!

LIDIA.- Ese punto ya se meditará poco a poco y sin prisa.

JOSÉ.- **(Incrédulo.)** ¿Quieres decir que pretendes vivir con un amante sin romper con esta casa?... Tú no me puedes hacer eso. El descrédito en mi profesión es la ruina... El prestigio heredado de mi padre se vería seriamente perjudicado... Y la salud de mi madre no podría soportarlo.

LIDIA.- ¿Ves?. Esas son tus intranquilidades, profesión, madre y ruina. **(Levantándose y encarándose a él.)**

No hay, ni ha habido nunca otro entorno para ti que el que se divisa desde el nido. No vas más allá. **(Pausa breve.)** Pues yo sí, José. Yo sí quiero ir más allá. Donde pueda luchar y disfrutar de la victoria si triunfo, o curarme las heridas si pierdo pensando en prepararme para una nueva batalla... Dar cuanto soy y tengo a quien junto a mí sepa recibirlo, a cambio de cuanto él me pueda dar... Calentarme al sol, y luchar para no helarme al frío... Vivir, José... ¡Vivir!...

JOSÉ.- **(Al tiempo que va al sillón y se sienta.)** No te entiendo, Lidia, no puedo entenderte...

(LIDIA en silencio va al mueble y se prepara una bebida. Bebe un trago y va sin prisa al sofá, quedándose a medio camino.)

MARÍA.- (Desde dentro.) Pues sí. Ahora están todos en casa. Primero volvieron el Señor y la Señora del médico, y cuando bajaba me encontré a la Señorita que subía la escalera... Pase, don Martín.

(Aparece MARÍA dejando paso a MARTÍN. Él entrará en escena y ella continuará hacia la cocina desapareciendo por la derecha.)

MARTÍN.- Parece ser que ha dejado de funcionar el timbre de la puerta... Menos mal que ha coincidido que María volvía de la calle...

JOSÉ.- (Levantándose.) ¿A qué vienes tu aquí?

MARTÍN.- (Mirando a los dos.) Por el tono de esa pregunta adivino que ya habéis estado hablando...

LIDIA.- Así es, Martín. Ya lo sabe todo.

MARTÍN.- ¿Todo?

JOSÉ.- No sé si lo sabré todo, pero lo que sé me llena de rabia y desilusión al comprobar el comportamiento de un hombre, al que hasta hoy consideraba mi amigo.

MARTÍN.- Pues yo creo que dramatizar no es el camino por el que podemos entendernos.

JOSÉ.- ¿Vas a imponer tú las normas?...

MARTÍN.- No. No te voy a imponer normas, ni vengo a pedirte nada, ni a darte ninguna explicación.

JOSÉ.- ¿Entonces a qué vienes?

MARTÍN.- Vengo por Lidia. Lo único que quiero en esta casa. A la que siempre he querido. A la que renuncié cuando creía que era tuya, y a la que no renunciaré ahora que sé que es libre.

JOSÉ.- ¿Libre Lidia?...

MARTÍN.- Sí. Libre de corazón y afectos, libre de pensamiento y de voluntad, libre para escoger el camino por el que le apetezca seguir.

JOSÉ.- Pero aún es mi mujer.

MARTÍN.- (**Contemporizando.**) A nosotros, profesionales de las leyes, no nos sirven algunos argumentos que a otros parecerían muy consistentes... Un matrimonio hoy no es más que un contrato en papel oficial, que tú y yo sabemos perfectamente cómo se puede deshacer.

JOSÉ.- ¡Y eres tú quién me la quita!...

LIDIA.- No, José. Es mi voluntad la que me hace irme con él, y el motivo no voy a repetirlo otra vez. Creo que ya ha quedado bastante claro antes.

MARTÍN.- (**A LIDIA.**) Lamento no haber estado presente en vuestra conversación. Tal vez yo podría haberte ahorrado alguna violencia...

LIDIA.- No, Martín. Ha sido mejor así.

MARTÍN.- Entonces, si ya está todo explicado...

LIDIA.- Sí. Lo mejor será terminarlo. Es el momento para marcharnos.

JOSÉ.- ¿Qué dices? ¿Te vas a ir ahora?

LIDIA.- ¿Y por qué no?. Igual sería un día que otro ahora que lo tenemos decidido... Y es tan poco lo que me tengo que llevar de esta casa que en un momento estaré dispuesta. (**Marcando el mutis hacia la primera derecha.**) No tardaré nada, Martín. (**Hace mutis.**)

JOSÉ.- (**A MARTÍN, violento.**) No te consentiré que me hagas esta putada.

MARTÍN.- (**Deteniéndole con el gesto.**) Serénate, José. No es momento de violencias que a nada conducirían. Comportémonos como personas civilizadas.

JOSÉ.- ¿Crees que es de personas civilizadas robarle la mujer a un amigo?

MARTÍN.- No vamos a reñir. Pero dejemos claro que yo no robo nada a nadie. No olvides que es propia voluntad de Lidia el abandonarte.

JOSÉ- (**Retrayéndose.**) Tal vez sea así, pero es por ti por quién me deja... Tú eres la causa.

MARTÍN- No. Es probable que yo sea, un accidente... De no haber sido yo, posiblemente habría sido otro, porque lo cierto es que Lidia hace tiempo que acabó contigo.

JOSÉ- (**Dolido.**) No puedo admitirlo...

MARTÍN- Piensa antes de culpar a nadie, cuál ha sido tu proceder con ella para forzarla a tomar esa determinación.

JOSÉ- Ella no tiene motivos. Yo nunca la he tratado mal... En esta casa no le ha faltado de nada, no puede tener queja de nadie de la familia... No sé qué fantasías te habrá contado pero te aseguro que no te ha dicho la verdad.

MARTÍN- Yo confío plenamente en ella. Nos conocemos de muchos años y en el último mes he tenido ocasión de comprobar cuánto la habéis hecho sufrir en esta casa, donde tú dices que no le ha faltado de nada... Y sería muy infantil hablar ahora de disfrutes materiales...

JOSÉ- (**Lamentándose.**) Haciendo eso deshacéis mi vida...

MARTÍN- Piensa por una vez en Lidia y considera que tiene razón al hacer lo que hace. Que tú y tu madre la habéis obligado a hacerlo y que tiene derecho a desear la felicidad que busca.

JOSÉ- No lo podré resistir...

MARTÍN- ¿Cómo que no? ¡Ya lo creo que lo resistirás!. Porque menos en el orgullo no creo que en nada te pueda afectar...Tú seguirás como hasta ahora, en tu casa, teniendo al alcance de una mano el despacho y el trabajo, y al alcance de la otra la compañía y «el afecto» de tu madre... Seguro que te acostumbrarás pronto a su ausencia.

JOSÉ- Un escándalo de esa magnitud no puede pasar inadvertido. Los compañeros del juzgado no tardarán en saber que ella me ha dejado por ti... Profesionalmente se resentirá mi trabajo, el prestigio heredado de mi padre se hundirá sin remedio...

MARTÍN- Todo eso es un precio a pagar y a ti te corresponde hacerlo ahora. No intentes cargar a nadie las consecuencias de tu proceder con Lidia.

JOSÉ- (**Indeciso.**) Al menos dadme el consentimiento para iniciar los trámites del divorcio...

MARTÍN.- Respecto a ese tema te puedo asegurar que si por mí fuera lo tendrías resuelto, nada más de mi gusto que ver a Lidia libre de cargas, y está claro que más pronto o más tarde el procedimiento se llevará a efecto... Pero voluntad es de Lidia que no sea precisamente ahora, voluntad que yo respetaré.

(Entra LIDIA vestida como iba al principio de la escena, llevando una maleta mediana en una mano, un bolso en la otra y un abrigo vuelto al brazo.)

LIDIA.- Ya estoy dispuesta.

JOSÉ.- **(Saliéndole al encuentro.)** Lidia, te ruego que no te vayas, por favor...

LIDIA.- **(Dirigiéndose al centrillo deja encima unas llaves y vuelve al centro de escena.)** Es inútil que lo pidas ahora, José.

JOSÉ.- ¿Y si te suplicara?...

LIDIA.- Has tenido muchas ocasiones a lo largo de estos meses, no para suplicarme, que no habría hecho falta, pues sólo con que hubieras intentado el diálogo tal vez lo habrías podido conseguir. Hoy ya es tarde... Tu oportunidad ya ha pasado. **(A MARTÍN.)** Cuando quieras, Martín.

MARTÍN.- Vamos Lidia. **(Le toma la maleta y marcan el mutis.)** ¡Adiós! José.

(Hacen mutis.)

Escena IV

JOSÉ y CARMEN.

Al salir LIDIA y MARTÍN, JOSÉ marcará tres pasos hacia el foro como si quisiera detenerlos, pero se detendrá antes de llegar al arco. Piensa un momento, y con la mirada baja va despacio al sofá donde se sienta derrotado.

**Entra CARMEN decidida y va junto a él
permaneciendo de pie**

CARMEN.- No estés triste, Pepín... Lo he oído todo desde el pasillo y creo que es el mejor final que podíamos desear.

JOSÉ.- ¿Cómo puedes decir eso? ¿No te das cuenta de lo que significa Lidia para mí?... ¡Es mi mujer!...

CARMEN.- Ya no, hijo, ya no. Desde el momento que te faltó al respeto, engañándote con tu socio, ella misma ha perdido el título de esposa, tirándolo por la borda.

JOSÉ.- Todo eso es palabrería y la verdad está aquí dentro de mí. Aquí, en un nudo que me ahoga no dejándome respirar... Mamá, sé que no voy a poder resistirlo...

CARMEN.- (Al tiempo que se sienta junto a él.) Sí, Pepín. Sí lo resistirás. Debes ser fuerte en este momento, y si ahora lo superas habrás triunfado.

JOSÉ.- (Triste.) Mamá... nos ha dejado...

CARMEN.- Era inevitable, hijo. Casarte con ella fue un error. Debiste hacerme caso en su momento. Yo te lo dije muchas veces... Esa mujer no te conviene, es demasiado ligera de cascos. Pero tú no me hiciste caso... La madre es la última a quien se cree... A la madre nunca se le presta atención.

JOSÉ.- Estás trastocando las cosas, Mamá. Yo siempre he tenido tus consejos en cuenta.

CARMEN.- ¿Cómo dices eso?

JOSÉ.- Sí, y siempre he hecho cuanto me indicaste que hiciera.

CARMEN.- No, Pepín. Tú sabes que en el asunto de tu matrimonio nunca estuve a favor de que esa mujer entrara en la familia. Tú sabes de sobra, que siempre me incliné a favor de Elodia.

JOSÉ.- (Fastidiado.) ¡Elodia!. Sabes que nunca me resultó simpática... que no es el tipo de mujer que me gustaba...

CARMEN.- Claro que lo sé. Pero de haberla escogido a ella en vez de a la otra, ahora no te verías en este enredo.

JOSÉ.- Mamá, no es momento de recriminaciones... Es momento de ayudarme a resolver este caso tan angustiante

para mí...

¿Qué puedo hacer, Mamá? ¿Qué puedo hacer?

CARMEN.- Dejarlo todo como está por el momento. Hacerte fuerte ante ti mismo. Quitarte cualquier complejo de culpabilidad que puedas tener... Y pensar que ella es la única culpable de cuanto ha sucedido.

JOSÉ.- Pero no es así...

CARMEN.- ¿Cómo que no?

JOSÉ.- No debe ser así, porque yo debo tener también alguna parte de culpa...

CARMEN.- ¡Ninguna!. Es ella la que no ha sabido valorar tus méritos, la situación estable que le diste, cuanto te has esforzado por brindarle todas las comodidades del mundo... Ella ha sido una desagradecida y no tienes nada que reprocharte.

JOSÉ.- No sé. No estoy seguro de nada en este momento.

CARMEN.- Procura no martirizarte... Pocas mujeres habrán tenido tan a punto los caprichos como ella los ha tenido.

JOSÉ.- Pero yo sé que ella se habría conformado con mucho menos de lo que aquí tenía, de lo que yo le he dado... Ella lo que deseaba era vivir una vida de hogar independiente, tener un simple apartamento... Una casa donde poder hacer y deshacer, donde entretenerse y estar ocupada.

CARMEN.- Sí. Ese es el argumento que siempre esgrimía, pero desengáñate... Esa habría sido la primera exigencia a la que no mucho después habría seguido otra y otra, y más tarde, ¡quién sabe!...

JOSÉ.- ¿Y qué podemos hacer, Mamá?...

CARMEN.- Ahora nada, esperar a que pase el tiempo...

JOSÉ.- (**Derrotado.**) Pero esta situación es muy dolorosa para mí...

CARMEN.- (**Pasándole el brazo amorosa por los hombros.**) Ya lo sé, Pepín, yo lo sé... pero aquí tienes a tu madre que te quiere y que hará cuanto sea necesario, para que ese sufrimiento vaya a menos hasta que desaparezca...

JOSÉ.- (**Muy triste, recostando la cabeza sobre el**

hombro de CARMEN.) Mamá, Lidia se ha ido...

CARMEN.- Sí hijo, se ha ido... **(Disimulando un tono de triunfo.)** Lidia era un ave pasajera... y más pronto o más tarde, con su deseo de surcar el espacio... tenía que alzar el vuelo.

(Van atenuándose las luces, al tiempo que irá bajando lentamente el telón.)

FIN DE LA COMEDIA